

## DISCURSO CIRCUNSTANCIA Y RECORRIDO

Tokio, 4 noviembre 2007

Agradezco a Julio Salazar, Presidente de la Convención de Asociaciones Peruanas en el Extranjero esta valiosa invitación a dirigirme a ustedes, estimados compatriotas de distintas partes del mundo y del Japón, donde me honro en representar al Perú.

Charla o conferencia magistral, nos dice el diccionario, es la de especial importancia por la autoridad de quien habla o el impacto que produce. No es este el caso, pero me permitirá compartir con ustedes algunos temas que nos interesan como peruanos que vivimos “fuera del país”.

Circunstancia y recorrido, es el título de estas anotaciones y comentarios puramente personales, absolutamente ajenos a todo mensaje oficial.

Yo, decía Ortega y Gasset, soy yo y mi circunstancia. No hay forma de ser uno mismo fuera de la circunstancia temporal, espacial, laboral, familiar y cultural que cada uno escoge, si puede, o de cualquier modo le toca. Hablemos también de recorrido como una sucesión de circunstancias buenas y menos buenas.

Permítanme revisar algunas circunstancias de mi recorrido personal en relación con el extranjero, no para contarles mi vida sino explicar cómo mis circunstancias formaron mi modo de pensar el Perú y su relación externa. Esta situación personal es hoy la de millones de peruanos y exige a cada uno su propia reflexión. En el camino, intercalaré algunos comentarios.

Al igual que para todos, mi circunstancia se inició en la familia. Por su trabajo, mi padre viajó mucho y mis hermanos y yo crecimos con el relato de sus periplos por distintas geografías y sus esfuerzos a favor del turismo en el Perú. Fue por dos décadas Director del Touring y Automóvil Club, entidad entonces a cargo de la promoción turística cuyos lemas, que aplicó en su familia, era “Conozca el Perú primero” y “Conocer y hacer conocer al Perú es contribuir a su grandeza”.

Al igual que ahora, muchos querían hacer propaganda para llevar turistas al Perú. Mi padre no estaba en desacuerdo, pero consideraba que debía primero modernizarse el ordenamiento legal y mejorar la infraestructura turística. Pocos recuerdan que teníamos diecisiete tipos de visa, incluyendo una de retorno para los propios peruanos. La tarjeta que llenamos al entrar y salir del país, fue originalmente diseñada por mi padre y sus colaboradores, así como la primera utilización por el Estado de un sistema computarizado, precisamente para facilitar el control migratorio. En cuanto a la infraestructura algo se ha avanzado, pero medio siglo después seguimos hablando de nuestro potencial turístico cuando deberíamos tener ya muchos productos turísticos sofisticados, que nos acerquen a los logros de otros países, que los conocemos, precisamente porque viajamos.

Comentario: una de las leyes de Murphy dice: “Para todo problema complejo hay una solución simple, fácil y equivocada”. Cito esto, porque creo firmemente que el estudio y la reflexión y no las afirmaciones dogmáticas ni las soluciones facilistas, son indispensables para abordar cualquier problema; y no tenemos pocos.

En esa circunstancia familiar, no fue extraño que desde temprano los hijos empezáramos a viajar al extranjero. Me tocó ser el primero, a los doce años y en parte le debo este recorrido profesional. Siguieron los hermanos y hubo tiempos en que los cinco vivimos en el extranjero, siendo yo el único funcionario del Estado. Nuestros padres siempre apoyaron nuestros viajes y oportunidades profesionales en el extranjero y nunca los oímos lamentarse por nuestras a veces muy largas ausencias.

En febrero de 1958, aprobé los exámenes de ingreso al Ministerio de Relaciones Exteriores, iniciando así el largo recorrido que nos trajo hasta aquí. En esos agitados años intenté combinar, seguramente mal, el trabajo en la Cancillería con la Facultad de Derecho y la Academia Diplomática.

De esos años formativos me quedó la convicción de que no es posible acabar de formarse. Muchos de mis superiores fueron personas que habían acumulado vastos conocimientos y gran experiencia. Ellos me interesaron en diversos temas y me animaron a redactar, al comienzo modestos artículos, algunos de los cuales se volverían con el tiempo ensayos y eventualmente libros. Además, conocí a Kille. Nos casamos hace 42 cortos años.

Después de años en la Cancillería y ya graduado de abogado ocupé el cargo de Vice Cónsul en París. En 1964, como en la entreguerra que describe Hemingway, París era una fiesta. Fue un privilegio iniciar mi servicio exterior en un ambiente soñado dentro y fuera de la Embajada. Fuera, por la belleza de la ciudad y del país y la deslumbrante oferta de cultura. Dentro, porque mis superiores fueron dos políticos. Oscar Trelles Montes, ya partido y Francisco Miro Quesada, hasta hoy amigo; y Carlos García Bedoya, Felipe Valdivieso Belaúnde y Jorge Guillermo Llosa, diplomáticos de la más alta calidad. Los Embajadores políticos daban lecciones de diplomacia, no solamente por su dominio de la lengua francesa sino porque su cultura y condiciones los hacían representantes de lo mejor del Perú. Por ello, me sigue pareciendo absurda la polémica sobre si los Embajadores deben ser solamente del Servicio o pueden ser políticos. Por la vivencia parisina, creo que deben ser, antes que nada, capaces y competentes, pero eso, me imagino, vale para todo.

Francia me dio mucho. Además del quehacer del Consulado, pude asistir al Instituto de Ciencias Políticas y la Universidad de la Sorbona. No me detengo en los museos, el teatro y tantas cosas más.

Comentario: En los sesenta, nuestro Consulado en París se ocupaba de cerca de 150 compatriotas. Estudiantes la mayoría, pero también artistas y escritores, algunos bohemios y uno que otro millonario. Todos eran conocidos y muchos amigos. Casi tres décadas después, encontré un número indeterminable de millares, incluidos algunos de quienes todos quisiéramos estar lejos. Ese es nuestro tema: ¿Cómo en relativamente poco tiempo salir del país pasó de ser un excepcional anhelo personal a convertirse en una necesidad para millones?

De retorno a Lima otras vivencias ocuparon el tiempo y el interés. Con el Gobierno militar, cambiaron algunas visiones sobre la actuación política y diplomática del país. A medida que el mundo se hacía más pequeño, la agenda externa se ampliaba considerablemente y Carlos García Bedoya inició una reflexión sobre política exterior, sumando nuevos elementos a los tradicionales de fronteras y límites. La interrelación de los factores económicos y sociales con

los políticos, en un mundo complejo donde la Guerra Fría era el marco estratégico general, obligaba a países pequeños y medianos a interrogarse sobre su ubicación y especialmente sus posibilidades.

No diré que se hizo bien o mal. Esa tarea, en todos los casos, la dejaremos acá a los historiadores y otros estudiosos. Diré si, que se hizo procurando posicionarse adecuadamente en un torbellino de cambios políticos que, con un signo u otro, afectaron a toda América Latina y al mundo.

Los siete años de Lima fueron también de tímidos inicios de actividades docentes, en la Academia Diplomática y también en las Universidades del Pacífico, San Martín de Porras y San Marcos. Además, hubo dos valiosas pascanas académicas: un curso de comercio en Bélgica y un año en la Universidad de Oxford donde adquirí interés por materias como seguridad, defensa y desarme, que hasta hoy mantengo. En Oxford me acompañaron Kille y los dos hijos, el parisino y el limeño. Por mucho tiempo, nuestra broma familiar era mi acento al hablar inglés; a lo que respondía a los niños que no es lo mismo tomar lecciones hasta pasados los treinta años que aprenderlo jugando en Oxford.

Comentario: Más allá de la anécdota, este tema tiene razón de ser. ¿Cuántos de nuestros hijos tienen mejor conocimiento que nosotros de lenguas extranjeras, pero, más que nada, su actitud frente a “lo extranjero” e inclusive a nuestro país es más abierta y diferente? En otras palabras: ¿Es posible esperar que ellos “sientan” al país como lo sentimos nosotros cuando sabemos que eso deriva más de vivencias que de razones y menos aún de narraciones o vacaciones?

En 1975 fui enviado a Nueva York como Representante Alterno en Naciones Unidas. Con jefes como los Embajadores Javier Pérez de Cuellar, Carlos Alzadora y Juan José Calle había muchísimo por aprender y también por hacer. Fueron años de intensa actividad y gestión diplomática.

En una oportunidad, el menor de los hijos me preguntó lo que hacía. Tratando de hacerme entender por un niño le dije: “Tú ya conoces mi Oficina y Naciones Unidas. Voy temprano en la mañana, leo documentos, asisto a sesiones y escucho a personas de otros países y a veces también hablo. Escribimos papeles. Al final del día voy a otras reuniones y la gente me habla y yo también les hablo y al día siguiente igual y después hablamos más y seguimos escribiendo papeles”. Su comentario, desconcertante pero posiblemente sabio, fue: “Muy bien papito. ¿Y a ti te pagan por hacer eso?”

Me lo he preguntado muchas veces y pienso que tenía algo de razón. Ocurre y no solamente con niños, que la razón de ser de este servicio del Estado no parezca clara. Quizá sea porque el lado externo, el que se ve de la diplomacia, es extraordinariamente visible. Desde hace cinco siglos, la visibilidad de la diplomacia busca que el país que se representa sea conocido y más aún reconocido. La competencia por el boato diplomático era parte de la lucha de los Estados por el poder. Ahora, la vida diplomática es cada vez más austera, pero ello no dispensa la presencia y la visibilidad. Una vieja expresión francesa reza: “Les absents ont toujours tort” que podría traducirse como los ausentes nunca tienen razón o siempre están equivocados. Sabemos perfectamente que entre nuestras varias funciones esenciales están el decir presente por su país y si la

preferencia de alguno fuere quedarse en casa, posiblemente se equivocó de carrera.

De eso y mucho más había en abundancia en Naciones Unidas. No se trataba solamente de “representar” sino también de negociar, defender las posiciones nacionales buscando las concertaciones posibles porque solamente la arrogancia miope o la ignorancia supina podrían hacer creer que el mundo está ahí, sentado, esperando oír lo que a nosotros nos parezca. El ámbito multilateral es un espacio extraordinario para la gestión política de los Estados mediante el ejercicio por sus diplomáticos de la persuasión, la paciencia, el conocimiento, la creación de confianza y la búsqueda de apoyo. La tarea me pareció importante entonces y me parece mucho más ahora que el mundo se ha encogido, que ninguno de nuestros problemas reales de salud, alimentación, vivienda, seguridad o trabajo tendrá soluciones puramente “nacionales”. Lo dijo Ban Ki-Moon, Secretario General de Naciones Unidas “Los problemas globales requieren soluciones globales”. Pensar que nosotros arreglaremos todo solos, no es sino simple ceguera.

En 1980 fui enviado a la entonces República Socialista Federativa de Yugoslavia. Recién había fallecido Tito y el país continuaba haciendo enormes esfuerzos de desarrollo económico, pero también de lo que se llama “nation building”. Por complejas razones históricas, ese país de los Balcanes como muchos otros, agrupaba realidades sociales diferentes. Una parte fue dominada por el Imperio Austro Húngaro, otra por el Imperio Otomano, tenía numerosas lenguas, varias “nacionalidades”, católicos, musulmanes y cristianos ortodoxos, alfabetos cirílico y latino y más. Sin embargo, eran en general “eslavos del Sur” y la paz de décadas luego de los horrores de la segunda guerra mundial que incluyeron en Yugoslavia guerras intestinas y matanzas, había creado una envidiable estabilidad, al menos en apariencia.

Recuerdo haberle preguntado a nuestra Secretaria el porqué de la frecuencia de editoriales y comentarios sobre la unidad nacional. Su respuesta, acertada, fue que no estaban seguros de que fuera sólida. Sin embargo, ya se habían producido millones de matrimonios entre distintas “nacionalidades” e innumerables niños se consideraban Yugoslavos y no de una República determinada. Además, el país había conseguido mantener independencia frente a la entonces Unión Soviética y gozaba de amplio respeto y no poco respaldo internacional.

No interesan mis explicaciones sobre la destrucción de Yugoslavia. Hasta podría pensarse que era una asociación artificial y que tarde o temprano podría suceder algo así. Sin embargo, más allá de la pena que nos impuso la desgracia de un país donde nuestros hijos fueron al colegio, aprendieron la lengua y se hicieron de amigos, queda la angustiada interrogante de si esa horrenda guerra civil, la peor de todas porque no se mata a desconocidos sino a vecinos, era necesaria.

Comentario: En verdad, la pregunta está mal hecha. O ninguna guerra es necesaria o todas lo son. ¿Qué tan diferentes eran unos de otros como para tratar de exterminarse? Alguien habló del narcisismo de las pequeñas diferencias, como una forma de ensimismamiento feroz en lo que creemos específico a nosotros y de diferenciación virulenta y violenta frente al otro, percibido como enemigo. Al final, es obvio que siempre es más fácil empezar un

conflicto que concluirlo y que en el camino el adversario, el diferente, el otro, se transforma en enemigo y hasta en alimaña que es necesario exterminar. En estos casos, lo avanzado en siglos de lucha por los derechos humanos, el derecho humanitario o la simple humanidad, queda reducido a cenizas.

En 1982 retorné a Lima como Director de Asuntos Políticos y Diplomáticos y, más adelante, acumulé ese cargo con el de Director de la Academia Diplomática. Fueron, una vez más, años interesantes en que vimos con alegría que los hijos se reintegraban a su colegio y la vida de jóvenes en su propio país. Fue un tiempo de gestión diplomática más bien bilateral, especialmente con países vecinos, acompañada de nueva actividad docente y el inicio, por impulso del Dr. Eduardo Ferrero Costa, de un emprendimiento académico: el Centro Peruano de Estudios Internacionales CEPEI. Esta institución llegó a publicar más de cien libros, incluyendo algunos míos y contribuyó a crear conciencia de la necesidad de análisis racional y tratamiento académico de las cuestiones internacionales.

En 1986 fui designado Embajador en Brasil. Subsistía aún, aunque mitigada, la leyenda de que Brasilia era un lugar aburrido del cual todo el mundo escapaba. Debe haber verdad en el dicho de que cada uno habla de la feria como le fue en ella. Tuvimos muchas actividades diplomáticas y políticas, propias a un país vecino de tanta importancia y con la confianza que se fue creando con políticos, diplomáticos, periodistas y académicos, se pudieron avanzar bastantes cosas.

No es necesario insistir en la importancia de las relaciones con los países vecinos. Muchísimos temas, de la más variada naturaleza, componen densas agendas que reflejan la relación de la vecindad viva. No en todos esos temas se está de acuerdo todo el tiempo, pero siempre es indispensable poner las cosas en perspectiva y entender que lo que parece imposible o difícil hoy podría serlo menos mañana, que Roma no se hizo en un día y que lo esencial es mantener la estabilidad, la paz y la cooperación como guías de la acción.

Brasilia, bastante menos poblada que ahora, daba tiempo para otras cosas, incluyendo su Universidad, donde hice amigos y dicté conferencias. Los “ratos libres” me dejaron preparar una compilación de tratados internacionales que se publicó en tres volúmenes, que quisiera retomar ahora en edición ampliada.

En Brasilia, no nos acompañaron los hijos. Cristián ganó una beca para iniciar estudios universitarios en Canadá y Rodrigo viajó al año siguiente a hacer lo mismo en el Reino Unido. Ellos siguieron sus estudios, felizmente con buen criterio y pocas preocupaciones para los padres, a los que nos quedó la ilusión de verlos de vez en cuando o recibirlos en Brasilia, Lima y otros lugares para siempre muy cortas vacaciones. Al final, no hicieron nada que nosotros no hubiéramos hecho en nuestro momento, solamente que empezaron más temprano. Es parte de la vida actual y mejor será si lo entendemos.

Comentario: Como peruanos en el extranjero tenemos que considerar la presión emocional y familiar del cambio. El analista Jorge Bruce nos recuerda que las mutaciones sociales que enfrentamos, incluyendo las migraciones, afectan la trama de los afectos en modos de los cuales no somos totalmente conscientes. La terapeuta Nelly Chong nos habla de las transformaciones de la institución familiar, derivada de factores como la incorporación masiva de las mujeres al trabajo y avances en medicina que prolongan la vida haciendo que la convivencia de tres generaciones sea ahora entre 25 a 30. A ello se añaden las distancias

físicas y especialmente las culturales. Para nosotros, peruanos y familias en el extranjero y el Perú, todo eso puede ser aún más complicado.

En 1990 retorné a Cancillería y al año siguiente fui enviado a Francia como Embajador y poco más adelante se me confió adicionalmente la representación en UNESCO. La posibilidad de servir dos veces en un lugar es pequeña y nos alegró poder empeñarnos en un medio que conocíamos. Sin embargo, como sabemos, fueron años complicados y pude verificar una vez más, que del Perú se puede vivir fuera pero nunca lejos. La crisis económica, el terrorismo y las dificultades políticas nos alejaban de las posibilidades que la diplomacia tiene como tarea promover.

Recordemos que en Europa en general, subsistió por más tiempo del necesario una cierta impresión de que cualquiera que empuñara armas en América Latina contra el Estado, seguramente lo hacía por nobles razones. En la lucha contra el terrorismo, como no podría haber sido de otra manera, mi tarea fue diplomática, política y legal y al paso del mejoramiento paulatino de la situación en el país en el plano económico y en la lucha contra la subversión, las cosas fueron cambiando y en su momento se pudo trabajar una agenda positiva de comercio, turismo, inversión y cultura. En la UNESCO, contribuí a la incorporación de las Líneas de Nazca y el Centro Histórico de Lima a la Lista del Patrimonio Mundial Cultural.

Comentario: Nos enorgullecemos hoy que Machu Picchu fuera elegido entre las siete maravillas, pero no debemos olvidar que tener esos patrimonios implica la obligación de conservarlos. Es lamentable que el saqueo de nuestro patrimonio precolombino y colonial sea constante y ello nos concierne a todos. Sobre esto habría mucho más que decir.

Mi opinión es que la vieja Europa está joven y fuerte. Como parte de nuestras raíces y cultura, debemos hacer todo esfuerzo para estrechar relaciones, también por consideraciones sumamente concretas relativas a la calidad de la democracia, la buena gobernanza, el avance científico y tecnológico, las posibilidades de comercio e inversión y finalmente porque somos, aunque a algunos no les guste, lo que un diplomático y académico francés denominó “el extremo occidente”.

Comentario: Eso es así, aunque por cierto tenemos también otras raíces. Menospreciarla es ideologismo, prejuicio o hasta simple majadería. Como latinoamericanos, dedicamos muchos tiempo y esfuerzo a tratar de precisar nuestra “identidad”, atribuyendo a su posible hallazgo una suerte de “clave mágica” para la solución de nuestros problemas. Desde luego que ello es importante porque necesitamos saber quiénes somos. Creo, sin embargo, que debemos ser prudentes en la manera como nos identificamos y nos definimos. Lo primero, porque somos el producto de múltiples raíces e influencias y de los sucesos buenos y malos de nuestra historia. No hemos tenido, ningún pueblo ha tenido en algún momento de su historia, un paraíso al que se deba regresar. Tenemos el presente si lo aprovechamos y el futuro si lo construimos. El segundo punto, la manera como nos definimos exige también cautela. Si dijera: “Soy ocioso, impuntual o desconsiderado” o si en plural nos definimos como tales, estamos atribuyendo carácter inmutable a comportamientos que podemos cambiar. Nuestra vida en el extranjero demuestra que cualquier autodefinición

negativa puede ser mera excusa y que es posible vivir y practicar los modos de ser y hacer que hacen a los pueblos ordenados y prósperos.

A finales de 1995 se decidió mi traslado al Ecuador, responsabilidad que asumí luego de que, desgraciadamente, se produjera un nuevo e infausto conflicto fronterizo. No estoy acá para quejarme, pero comprenderán que en los dos años que estuvimos en Quito, prácticamente no hubo un día de sosiego. Representar y defender los derechos del Perú en esas condiciones fue para mí un honor muy especial. Todo lo que se hizo estuvo guiado por dos principios: la defensa de los derechos e intereses del país y la necesidad de encontrar solución pacífica a un diferendo que se prolongó prácticamente desde el nacimiento de nuestras naciones a la vida independiente. Pero también era evidente que la inmensa mayoría de ecuatorianos deseaba la paz, tener educación, oportunidades de trabajo y de futuro y vivir sin estar a la espera del próximo conflicto.

En medio de no pocas preocupaciones, fue posible trabajar la adquisición de nuevas oficinas para la Embajada del Perú. Hice cuestión de que se apuntara a la mejor de las opciones: un nuevo y hermoso edificio en una magnífica avenida, con frente de vidrio y condiciones para ser un auténtico centro de actividades. Vi en ese local una suerte de símbolo de lo que debía ser la relación entre ambos países: transparente y con vocación de futuro. Se aceptó la propuesta y tras las necesarias adaptaciones, ocupamos un local con sala de exposiciones, sala de conferencias, biblioteca y otras facilidades. Una de las primeras actividades, fue la presentación de un libro llamado Perú Ecuador, que contenía fotos en las que solamente el índice permitía saber si se trataba de personas, paisajes, monumentos, fiestas o comidas de uno u otro país. No creo que haya mejor demostración de nuestra comunidad.

Solamente estuve dos meses en dicho local. El Dr. Eduardo Ferrero Costa, amigo de muchos años, me instruyó a retornar al país para apoyarlo en su gestión como Canciller con el cargo de Vice Ministro y Secretario General. Como es conocido, de julio de 1997 a octubre de 1998 comprometimos grandes esfuerzos con el proceso de paz. Fue un tiempo desvelado y agobiante, pero estuvimos alentados por la convicción de que no había nada que debiera omitirse si era en servicio de la paz dentro de la defensa de nuestro derecho. Viajes relámpago, estudios, consultas, negociaciones, avances y no pocas dificultades y alarmas marcaron esa época frenética. Avanzamos hasta donde debimos. A principios de octubre, el Dr. Ferrero renunció al cargo y yo dejé el Servicio Diplomático por algunos años, que dediqué a la investigación y la docencia.

Comentario: La experiencia fue valiosa. Por años, mi interés en temas de paz, seguridad, defensa y fomento de la confianza se manejaba en un plano académico. Con esas responsabilidades, estuve próximo a las cuestiones más vitales de la paz y del conflicto.

Nadie en su sano juicio puede contemplar con agrado la posibilidad de conflicto. Empeñarse en el esfuerzo para evitarlo, en el que participaron muchos, al tiempo que se defiende el derecho propio, fue sin duda mi circunstancia más delicada. Me satisface enormemente que entre Ecuador y Perú haya paz y estabilidad. Deseo a su pueblo, como al mío, todo el progreso que pueda alcanzar. Me honra haber hecho parte, por pequeña que fuere, de esa parte de nuestra historia.

En los años que siguieron, volví a la docencia y la investigación. A lo largo de dos décadas tuve invitaciones del extranjero para participar en eventos académicos como conferencista, panelista o presentar ensayos. Fui miembro de varios grupos de estudio de Naciones Unidas sobre temas de seguridad, fomento de la confianza y educación para el desarme y en círculos del extranjero, posiblemente más que en mi país, son conocidas las cosas que he tratado de explorar y publicar. En estos años realicé muchos viajes que me permiten decir que la seguridad y el desarme no me han dado dinero, pero sí la vuelta al mundo pues creo que más he viajado por razones académicas que oficiales. En estos años, con el Embajador Alejandro San Martín, amigo de toda la vida que ya nos dejara, preparamos y publicamos el estudio más completo sobre seguridad, defensa y fuerzas armadas que se haya hecho en nuestro país.

He retornado hace un año a la actividad diplomática con esta nueva y estimulante responsabilidad. Antes de venir completé mi más reciente libro “Seguridad Alcances y Desafíos” que fue publicado y presentado hace pocos meses. Aquí, soy consciente del potencial de esta relación y del considerable trabajo que hay por delante.

En fin, es así como las circunstancias se anudan las unas con las otras y va transcurriendo esto que llamamos vida. Para nosotros peruanos, vivir en “el extranjero” es trabajar, comparar, recordar y soñar. Lejos estamos de nuestro país y nos preguntamos siempre por nuestro hogar. ¿Pero de que hogar hablamos? ¿Del lugar donde nacimos? ¿Dónde lo formamos? ¿Dónde lo trasladamos? ¿Dónde esperamos envejecer o donde quisiéramos descansar llegado el día? ¿Qué país añoramos? ¿Es real o lo fue en el pasado? ¿Y en el futuro, cómo será la manera de ser “peruano”? No hay respuestas fáciles. Tampoco lo es el día a día.

He vivido mucho en el extranjero y he vivido mucho en el Perú, adonde volveré algún día. En el camino, he visto aumentar constantemente el número de compatriotas en el extranjero y su contacto ha enriquecido mi visión del país y reforzado la convicción de que al igual que hace siglos, el Perú y los peruanos tenemos mucho para aportar al mundo. He visto crecer el conocimiento y la acepción de la gastronomía peruana, lo que de por sí merece mayor estudio pues, como dice Gastón Acurio, es mucho más que cocina y comida. He visto también más reconocimiento a las grandes civilizaciones peruanas. Las exposiciones Nazca e Inca, Maya, Azteca en este país, tendrán más de un millón de visitantes.

Tengo para mí que vivir “fuera” es la nueva muestra de la capacidad de supervivencia y resistencia que tenemos como hijos de una tierra hermosa pero dura. Por muchos años fuimos un país de inmigración y no necesitamos una “política” porque había espacio para todos y todo se peruanizó. Pensemos en las cosas que no tendríamos si no hubiesen llegado los españoles, africanos, italianos, asiáticos y todos los demás. Ahora, salimos como condición de supervivencia, pues sobrevivir es nuestra principal responsabilidad.

Estamos frente a un fenómeno nuevo para el que no estuvimos preparados y que no sabemos bien cómo enfrentar. A los peruanos nos toca ahora abrirnos paso afuera, en “nuevos mundos”, no como conquistadores sino como conjunto humano en la situación de quienes nos precedieron en circunstancias en que los

pueblos hacen las maletas porque las cosas “en casa” no funcionan. Lo hicieron antes los irlandeses, los italianos, y tantos otros y lo hacen hoy millones de latinoamericanos, africanos y asiáticos.

Ninguna de esas migraciones tuvo en su momento ni lo tiene ahora, suficiente comprensión y apoyo de los países de las que partieron o donde las recibieron. No es un problema consular, o solamente lo es en parte, para el Perú o cualquier otro país. Si lo fuere, sería solo cuestión de aumentar los recursos y sabemos que no es así, aun cuando sea necesario aumentarlos. Además, recordemos que ningún país del que sale población tiene condiciones para atender debidamente las necesidades de la que permanece.

Hoy, ser diplomático es también entender que la tarea implica una forma de articulación entre lo “interno” que es nuestro afecto y nuestra angustia y lo “externo” de este vasto y pequeño mundo globalizado, donde estamos cada vez más insertos y que son ámbitos que tienen fronteras operacionales crecientemente borrosas y diluidas y lo serán más en el futuro. No estoy prediciendo el fin del Estado Nación, pero es obvio que el mundo es muy diferente de aquel en que inicié mi recorrido.

En este mundo de hoy y no en el pasado, bueno o malo, es donde nos toca vivir y actuar. Dos millones o más peruanos en el extranjero ayudamos a nuestras familias y nuestro país, con las remesas y el aliento; y quisiéramos hacerlo también compartiendo las vivencias, saberes y experiencias que estamos acumulando. Es obvio que no resolveremos nuestros problemas simplemente saliendo del país en números cada vez mayores, aunque sea aún el deseo de elevado porcentaje de peruanos. En lo que nos toca, debemos buscar desde fuera la manera de compartir lo que aprendemos en nuestro quehacer diario en otras realidades, más avanzadas como en este caso. Permítanme algunas consideraciones e interrogantes personales:

En educación. La Universidad de Waseda, una de las más prestigiosas del Japón, celebró sus primeros 125 años recordando el propósito de su fundación: Independencia de la enseñanza; aplicación práctica del conocimiento; formación de ciudadanos globales. Para ello, estableció que la cooperación fructífera solo crece lentamente a base de confianza. ¿No nos está diciendo algo? ¿Y en materia de estudios, apuntamos a aprobar exámenes con 11 o con 20? ¿Somos conscientes que en promedio los peruanos leemos medio libro por persona al año y que el Perú ocupó el puesto 41 entre 41 países en el Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes en comprensión de lectura, matemáticas y ciencias?

Potencial del país. Desde hace casi dos siglos hablamos de nuestro potencial y lo referimos recurrentemente a recursos que estamos por descubrir, por explotar o que otros, extranjeros o peruanos, explotan arrebatándonos nuestra riqueza. Encuentro estimulante que se cuestione académicamente la atribución a Raimondi de la malhadada frase “El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro”. No fue el oro u otros recursos, sino el trabajo y la creatividad los que hicieron la grandeza de ciertos momentos de nuestra historia. Lo otro, el guano, el salitre, el caucho, el pescado y los metales, nos dieron solo pasajeras bonanzas sobre las que no supimos construir. Desde luego, debemos ser cuidadosos con los recursos, pero también recordar que lo que no se aprovecha

no existe para fines prácticos, incluyendo el elemental de vivir y prosperar. Esperemos que este ciclo sea diferente, pero sin perder de vista que Japón no tiene bienestar por sus recursos naturales sino por su gente y que, en el caso del Perú, también la gente lo más valioso.

Diego de la Torre, organizador del CADE 2007 recordaba que Japón se modernizó sin perder su esencia y siente que algo similar ocurre en nuestro país. Añade que está verificando que hay peruanos que asumen su peruanidad sin complejos y que en pocos años sus alumnos universitarios han pasado de esperar tener éxito “a pesar de ser peruanos” a decir que lo tendrán porque son peruanos. Estima que la peruanidad está asumiendo con autoestima y visión estratégica la conquista de mercados económicos y culturales y que es en la intersección de nuestras diferencias donde se presenta la oportunidad de innovar. Lo verifica en la gastronomía, pero podría aplicarse a las industrias basadas en el conocimiento pues estima que la sociedad de conocimiento permite hacer un fast track hacia el primer mundo. Por ello, concluye, debe seguirse insistiendo en el tema de la educación.

Servicio Diplomático y Estado. Más allá de las descalificaciones banales a este servicio especializado, conviene recordar que entre sus miembros hay más premios nacionales en distintas disciplinas que en todo el resto del Estado. Entre ellos está su servidor, pero especialmente el Embajador Juan Miguel Bákula que pasados los noventa continúa produciendo. Ciertamente el Servicio es perfectible, pero recordemos con Max Weber que la burocracia es una necesidad absoluta para que el Estado pueda constituirse y que puede ser tratado como un concepto científico ajeno al **patrimonialismo** que, como nos recuerda Juan Arroyo, hace nuestro comportamiento premoderno, inhibiendo la posibilidad de una **auténtica burocracia y favoreciendo el burocratismo**. Por ello, indica que **la reforma del Estado es en verdad una reforma de la sociedad y del Estado**.

Nuestras actitudes. Tema complejo y sensible, porque nos toca como personas y como sociedad. Podemos abordarlo con distintos referentes. Por ejemplo:

Sobre la manera como nos percibimos. ¿Somos una sociedad unida en torno a algunos ideales y temas centrales o en riesgo, como lo plantea Fernando Villarán citando a Antonio Zapata de una eterna guerra fratricida? Dice esto porque recientes estudios muestran que, en el fallido cerco de Lima por Manco Inca, se produjeron más muertos por armas de los indígenas de Huaylas liderados por la cacique emparejada con Pizarro que muertos por armas españolas. A partir de ello plantea la disyuntiva entre la gigantesca ola de solidaridad con las víctimas del reciente terremoto o el fantasma de la guerra fratricida. Es previsible y deseable que nuestro devenir no sea el dramático de Yugoslavia, pero debemos superar lo que denomina la “persistente y vieja enemistad” que inhibe un mejor futuro y demostrar lo que se puede hacer trabajando juntos.

También con respecto a recientes actos de xenofobia y racismo producidos en el extranjero contra inmigrantes, que han producido una reacción solidaria en Latinoamérica, Jorge Bruce nos recuerda que lo inadmisibles fuera debe también serlo en casa y señala lapidariamente, cito: “Si de racismo se trata, los peruanos no somos los mejor ubicados para dar lecciones de tolerancia y democracia”.

¿Cómo procesamos el éxito de otros países o personas? ¿Con envidia y despecho o con admiración y deseo de emulación y superación? ¿Estamos

condenados a la medianía en la educación, el ejercicio de nuestras labores, la política o cualquier cosa que emprendamos? ¿Debemos solamente preocuparnos por castigar el creciente incumplimiento de normas, que llevó a pensar no hace muchos años que el país entraba en una etapa de anomia? O, por el contrario, ¿Podemos apuntar a una cultura de la excelencia donde el esfuerzo, la capacidad y el mérito sean reconocidos, admirados y premiados y se constituyan en los más apreciados modelos sociales?

Debemos entender que la única certeza es que hemos cambiado y seguiremos cambiando y verificar en nuestra vivencia cotidiana que ya no podemos imaginarnos la vida como la tuvimos en los confines de un barrio, ciudad, provincia o país, por cercanos que estén a nuestro afecto. Reconozcamos que ciertos preciados símbolos como el pisco sour, el pollo a la brasa y la Inca Kola simplemente no existían hace apenas décadas y que peruanos pueden crear nuevos como la Cola Real y otros.

Anotemos que el crecimiento económico del Perú es observado con atención en el extranjero y se abre una oportunidad extraordinaria de construir el país soñado que, esta vez, no debemos desaprovechar. Economistas, sociólogos y políticos dan indicaciones sobre lo que ello requiere y sin analizar acá tales propuestas comprometámonos en el esfuerzo necesario para superarnos y consolidar bases para un mejor futuro.

Seamos conscientes y aplaudamos, como lo dice Jaime García Díaz, el extraordinario resultado que están teniendo las mujeres en su propia preparación profesional y también como actores que impulsan el desarrollo, llamadas a ocupar, en buena hora, responsabilidades económicas, políticas, sociales y culturales crecientemente importantes en la vida nacional.

¿Estamos conscientes que, aunque hemos tenido innumerables revoluciones y constituciones, lo que requerimos son cambios y que estos no se hacen ni por Ley ni nombramiento de funcionarios, sino mediante procesos que exigen pedagogía política, compromiso social y comprensión ciudadana? ¿Cuántas veces pretendemos abordar un problema no inquiriendo en que consiste, sino sobre quién sería el culpable para despedirlo? Eso es lo que hemos hecho en muchas décadas y obviamente no es todo lo que podemos hacer al respecto.

Estemos conscientes que debemos asumir crecientes responsabilidades en temas de aprovechamiento sostenible de nuestros recursos, alejándonos de los extremos estériles del todo vale y del no hacer nada. El desarrollo sustentable es incompatible con la informalidad, la contaminación, la improvisación y la corrupción. Crecer personal, empresarial y económicamente es una tarea que el Estado debe facilitar pero que toca a cada uno realizar. Necesitamos crear sinergias que nos lleven a los círculos virtuosos del mejoramiento económico y progreso social donde se erradiquen la discriminación, la exclusión y la extrema pobreza y seamos, de verdad, ciudadanos con deberes y derechos.

¿Estamos conscientes de que la cultura no es solamente lo que cuelga en las paredes de los museos, las iglesias robadas recurrentemente y las tumbas saqueadas o en riesgo, sino también los valores o antivalores que practicamos, nuestro modo de ser y comportarnos, la observancia del derecho y de las normas, el trato personal a los demás, el fruto de nuestro quehacer creativo, en

síntesis, algo como el aire que respiramos, de cuya calidad depende la calidad de nuestra existencia?

Llegado al final de este ya largo "raconto", lo que corresponde es dar gracias. A Kille por acompañarme en las buenas y menos buenas, trabajando todo el tiempo por el país y por los hijos a quienes agradezco lo que son y lo que sienten por nosotros y ahora por los nietos. A mi familia porque siempre tuve su total apoyo. A mis amigos por enriquecerme con su compañía. A mis colegas y al Servicio Diplomático porque con ellos y en él me fue posible realizar algo. A mis mayores y colaboradores y, sobre todo, gracias al Perú que me dio oportunidad de ser su servidor.

Cualquier reflexión sobre nuestro país, no puede concluir mejor que recordando lo que nos enseñó hace más de seis décadas el maestro Jorge Basadre:

"La promesa de la vida peruana, sentida con tanta sinceridad, con tanta fe y con tanta abnegación por próceres y tribunales, ha sido a menudo estafada o pisoteada por la obra coincidente de tres grandes enemigos de ella: los Podridos, los Congelados y los Incendiados. Los Podridos, han prostituido y prostituyen palabras, conceptos hechos e instituciones al servicio de sus medros, de sus granjerías, de sus instintos y de sus apasionamientos. Los Congelados se han encerrado dentro de ellos mismos, no miran sino a quienes son sus iguales y a quienes son sus dependientes, considerando que nada más existe. Los Incendiados se han quemado sin iluminar, se agitan sin construir. Los Podridos han hecho y hacen todo lo posible para que este país sea una charca; los Congelados lo ven como un páramo; y los Incendiados quisieran prender explosivos y verter venenos para que surja una gigantesca fogata. Toda la clave del futuro está allí: que el Perú escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una gigantesca fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inacción de los peruanos."

El destino de toda persona y todo pueblo no está escrito en piedra. Somos y seremos lo que queremos ser si hacemos el esfuerzo para serlo, recordando que nuestro lema nacional, adoptado al inicio de nuestra vida independiente, reza que el Perú será "Firme y feliz por la Unión".

Por ello, en esta nueva etapa del devenir nacional en un mundo en acelerada transición hacia algo desconocido y que rogamus a Dios sea vivible para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, propongámonos como responsabilidad individual que ahí donde nos encontremos, dentro o fuera del país, la mejor y única manera de ser peruano sea ser más ciudadano y más humano.

Muchas gracias.